

UN ACERCAMIENTO AL CHACO AUSTRAL A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII: EL RELATO DE DOBRIZHOFFER Y LOS CONFLICTOS FRONTERIZOS *

Adriana Beatriz Armando **

En el siglo XVIII un conjunto de escritos de misioneros jesuitas¹ que narran sus experiencias en tierras y reducciones del Chaco, constituyen una valiosa fuente de información sobre la vida y las costumbres de los indígenas chaqueños, como también de sus relaciones con los españoles, atravesadas en esta coyuntura (1743-1767) por la presencia de un frente misional.

Dada la caracterización del Chaco desde el siglo XVII como una tierra indómita, y su configuración como un gran espacio fronterizo, estos escritos pueden considerarse en algunos de sus tramos como verdaderos relatos de frontera. En este sentido, las observaciones del Padre Martín Dobrizhoffer, registradas en su *Historia de los abipones*² se constituye en un relato arquetípico. Aquí el término observaciones está cargado de literalidad, en la medida que la propuesta de Dobrizhoffer al lector está asentada en un criterio de veracidad, para él absoluto, dado por la observación directa del paisaje y sus habitantes, los bárbaros. De la misma forma que para Heródoto el testimonio por excelencia es el personal, también en Dobrizhoffer el ver como saber³.

* Ponencia presentada al XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas, México, 29 de julio al 5 de agosto de 1993.

** Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

¹ Alfred Metraux consideró al siglo XVIII como la edad de oro de la literatura etnológica del Chaco (ETHNOGRAPHY OF THE CHACO -separata-, Washington, Smithsonian Institution, 1946, p. 206). Entre tales escritos deben considerarse las obras del P. Pedro Lozano, DESCRIPCIÓN COROGRÁFICA DEL GRAN CHACO GUALAMBA, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1941; del P. Martín Dobrizhoffer, HISTORIA DE LOS ABIPONES, Resistencia, Universidad Nacional de Nordeste, tomos I, II y III, 1967, 1968 y 1970; del P. Florian Paucke, HACIA ALLÁ Y PARA ACÁ, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1942-44 y del P. José Sánchez Labrador, EL PARAGUAY CATÓLICO, Buenos Aires, Coni, 1910.

² Fue publicada originalmente en Viena en 1789; datos biográficos sobre Dobrizhoffer pueden encontrarse en la introducción que el P. Furlong hace en el primer volumen de la edición castellana y también en Guillermo Furlong, ENTRE LOS ABIPONES DEL CHACO, Buenos Aires, San Pablo, 1938, p. 129 y ss.

³ Véase Jacques Le Goff, PENSAR LA HISTORIA, Buenos Aires, Paidós, 1991, p.110.

lo lleva, por un lado, a cuestionar a todos los escritores cuyos testimonios sobre la región sean los dichos o contados y no los vividos y, por otro, a exigir a sus lectores credibilidad:

"Escribir verdades, y en cuanto era posible, verdades ciertas, fue mi preocupación de corazón. Yo no pido que se me lea, admire, alabe, pero creo poder exigir con derecho que se me conceda crédito. Diversos asuntos parecerán increíbles o exagerados a aquel que no sabe de antemano que la diferencia entre un bárbaro americano y un europeo culto, no es menor que la distancia entre América y Europa"⁴.

Y más adelante:

"Lo que yo he experimentado en mi trato con los paracuarios durante dieciocho años; lo que yo mismo he visto en mis muchos y larguísimos viajes por entre sierras y selvas, campos y grandísimos ríos, todo esto lo he referido aunque no en un lenguaje esplendente y retórico, pero sí en forma detenida y sincera hasta donde fue posible; de modo que en realidad creo tener derecho a ser considerado un historiador digno de fe"⁵

Obviamente, lo escrito por Dobrizhoffer es el relato de hechos presenciados, en este sentido veraces, bajo la mirada de un misionero jesuita, que se revela no sólo en su extrañeza ante esos "otros" bárbaros, sino también en el subyacente y a veces directo reclamo a algunos españoles por lo que no hicieron por las misiones, y muchas veces también por lo que hicieron. Doble juego de veladuras que incluye prudentes compromisos asumidos con unos y otros expresados en la dedicación del tratamiento narrativo a ciertas figuras-personajes.

Así enmarcadas, es posible ordenar en la obra de Dobrizhoffer una serie de temas que se presentan como imágenes múltiples, opuestas e integradas.

1. Acerca del espacio

"¡Tal es el aspecto de la provincia del Chaco! Los españoles lo consideran el teatro de la miseria; los bárbaros, en cambio, su Palestina, su Eliseo"⁶

Después de describir detalladamente la geografía del Chaco, signada por grandes contrastes que oscilan entre lo carente y lo exuberante, Dobrizhoffer construye esta

⁴ M. Dobrizhoffer, op. cit., I, p. 85.

⁵ Ibidem, p. 91.

⁶ Ibidem, p. 221.

imagen dual, otorgándole al paisaje un protagonismo de valores diferentes para indios y españoles.

El permanente observador aquí se excluye. Ha compartido mucho de los viajes junto a los soldados, sabe de lo inhóspito del espacio y sus habitantes, pero a diferencia de ellos, los misioneros han podido -aunque sea dificultosamente- establecerse con las reducciones; y los fracasos, o en sus términos los escasos logros de la tarea misional, devendrán de ciertos hábitos y actitudes tanto de indios como de españoles.

Más aún, aparece la burla frente a la milicia española que no se adaptaba al riguroso paisaje. Y al referirse, por ejemplo, a los estragos de los abipones sobre la provincia de Córdoba y las incursiones militares desde allí enviadas, nos dice:

"...los delicados guerreros siempre debían llevar por delante ingentes tropas de caballos y de vacas para poder cambiar de caballo con comodidad y para que nunca les faltara carne fresca en la mesa. La multitud de animales retardaba la marcha. (...) Añade a esto los mulos cargados y los carros que transportaban las provisiones, segurísima impedimenta del camino. Y el jefe supremo usaba un carro de guerra especial para su pompa. ¿Qué paracuero no podría contener la risa? Yo mismo vi en el Chaco un lugar en donde ese y todos los carros debieron ser quemados por los cordobeses una vez que rodeados totalmente por lagos y pantanos no podían avanzar ni regresar"⁷

Esta impericia de los españoles con el espacio señala una diferencia que separa a Dobrizhoffer de los misioneros, quienes habían logrado un mejor dominio de supervivencia.

Por otra parte, quizás sea posible pensar que, en la visión de estos misioneros, este espacio tan colmado de dificultades se corresponda con la noción que la antigua tradición hebrea sintetiza en la idea del desierto, como un espacio de prueba y redención, "...donde se encuentran la oscuridad y el abismo con el paraíso y la esperanza..."⁸ constituyéndose así en un espacio de lo posible en la tarea específicamente evangelizadora.

Tierras secas o desbordadas de agua, mosquitos, alimañas, animales feroces, hacían de toda travesía por el Chaco un episodio calamitoso. La transitabilidad de los caminos condicionaba cualquier incursión desde las ciudades, y cuando se trataba de expediciones armadas más se padecía: los enemigos indígenas casi nunca se encontraban, ya que una de sus mejores estrategias era el ocultamiento:

"La naturaleza de las regiones que habían elegido para sí, les ofrecía seguridad permitiéndoles eludir las fuerzas de los españoles que ellos temían cuando se enfrentaban a campo abierto. No fueron vencidos, porque resultaba imposible atacarlos, pues estaban defendidos por lagos y selvas inaccesibles..."⁹

⁷ Ibidem, III, p. 92-93.

⁸ Estas consideraciones en torno al desierto en el Antiguo Testamento en relación al bosque, la montaña o las islas como hábitat del hombre salvaje en la antigüedad clásica, pueden verse en la obra de Roger Bartra, *EL SALVAJE EN EL ESPEJO*, México, Era, 1992, pp. 42-59.

⁹ M. Dobrizhoffer, op.cit., III, p. 9.

Concentraban todo el potencial guerrero en sus raids rápidos e imprevistos en los predios próximos a las ciudades que garantizaban un mejor botín.

Pero esta imagen de un teatro de la miseria para los españoles, (y de un espacio de lo posible para los misioneros) deviene en reservorio de libertad y protección para los indígenas:

"Los cerros más altos le sirvieron de atalaya, los bosques intransitables en vez de una muralla, los ríos y pantanos a guisa de fosas, los campos repletos de fieras y árboles frutales como almacenes, en fin la provincia entera que por su posición natural y condición está segura contra todos los asaltos extraños, a guisa de una fortaleza"¹⁰

Así construye Dobrzhoffer esta noción de un "espacio-fortaleza" para los indígenas que contiene, en correspondencia, tribus guerreras, desde fines del siglo XVI ecuestres¹¹, que han acondicionado tácticas para potencializar ofensiva y defensivamente su hábitat, pero que además constituyen sociedades estructuradas sobre la guerra permanente¹².

La articulación de este agresivo y desafiante espacio natural y social refuerza las imágenes contrapuestas, dificulta el avance colonial, e instala la presencia de un umbral entre el mundo "civilizado" y el "bárbaro", cuyo control tratará de ser depositado en las misiones, instituciones también ellas a caballo de una frontera¹³.

La alusión al espacio recorre toda la *Historia de los abipones*: en el libro primero hay una dedicación a la geografía "paracuaria", unida a la descripción de los habitantes, los animales y las plantas; en el segundo, referido a la vida de los abipones, el espacio se despliega articulándose a cuestiones como las estrategias y tácticas guerreras, o al conocimiento de los animales y las plantas para usos medicinales o para la subsistencia; en el libro tercero aparece como escenario de las guerras.

¹⁰ Ibidem, I, p. 221.

¹¹ Respecto a las implicancias de la incorporación del caballo, véase Miguel Angel Palermo, "Reflexiones sobre el llamado complejo ecuestre en la Argentina", RUNA, vol. XVI, (Buenos Aires, 1986) pp. 157-178 y Helmut Schindler, "Equestrian and Non-Equestrian Indians of the Gran Chaco during the colonial period", INDIANA, 10 (Berlín, 1985) pp. 451-464. Palermo señala su importancia en dos esferas de la economía, una de subsistencia y otra ligada a su inserción como bienes de cambio a mercados regionales. Schindler considera entre otras cuestiones el hecho de que eran guerreros y por eso adoptan el caballo, y su efectividad relacionada a la actividad ganadera desarrollada por los españoles en el Plata.

¹² En torno a la guerra en las sociedades primitivas véase Pierre Clastres, INVESTIGACIONES EN ANTROPOLOGÍA POLÍTICA, Barcelona, Gedisa, 1980, pp. 183-250.

¹³ Véase el trabajo de F.M. Renard-Casevitz, Th. Saignes y A. C. Taylor, AL ESTE DE LOS ANDES, Quito, Abya-Yala, 1988, II, p. 209.

2. Acerca de las guerras

"¡Ah las guerras, las hórridas guerras paracuarias! No obstante yo las recuerdo y con justicia del mismo modo como Tito Livio describe las luchas de la Roma naciente con los pueblos vecinos"¹⁴
"Así como el mar proceloso una ola sucede a otra ola, así en las nuevas fundaciones de bárbaros, una calamidad seguía a otra calamidad"¹⁵.

Dos consideraciones podemos hacer acerca de estas citas. Una primera de forma, como es la apelación a autores de la antigüedad clásica, constante a lo largo del relato, que no sólo le dan una particular estructuración, sino que se transforman en criterios de autoridad. Así las guerras abiponas son contadas y pueden ser comparadas con las guerras griegas o romanas citadas a través de Tucídides, Tito Livio o Tácito. De allí también su inclinación a la construcción de grandes discursos, que tienden a caracterizar personajes y situaciones, en muchos momentos de la obra, motivados también en su observación acerca del gusto de los indígenas hacia la elocuencia oral¹⁶. La otra cuestión gira en torno a una presencia sostenida de conflictos -reales y virtuales- en torno a las reducciones, de los que Dobrizhoffer da cuenta en la tercera parte de su *Historia de los Abipones*.

Este tercer libro se compone de cuarenta y seis capítulos. Los once iniciales narran los ataques abiponas a las ciudades y campos que bordean el Chaco durante los siglos XVII y principios del XVIII. Los treinta y un capítulos siguientes están destinados a contar la fundación de las cuatro reducciones para abipones¹⁷ y su devenir. Los tres últimos son evaluativos de los logros misionales en el Paraguay. En su mayor parte, el libro está orientado a marcar el fuerte contraste del accionar bélico indígena, antes y a partir de la instalación de misiones. Dobrizhoffer informa inicialmente de los terribles daños ocasionados por abiponas a las ciudades de Santa Fe, Asunción, Corrientes, Santiago del Estero y Córdoba, que van desde el robo de caballos a la muerte de los vecinos o su cautiverio, pasando por el asalto de caravanas, lo que tornaba imposible una vida segura dentro y fuera de ellas, y obstaculizaba sus progresos.

Cada uno de estos capítulos se presenta como de una creciente violencia contra los españoles, hasta que con el asentamiento en reducciones llega por fin la paz esperada

¹⁴ M. Dobrizhoffer, op. cit., III, p. 309.

¹⁵ Ibidem, p. 314.

¹⁶ En relación a un discurso pronunciado por un cacique nos aclara: "Y no pienses que yo he creado un discurso así en boca de un bárbaro, porque nadie desconfía del Inca Garcilaso de la Vega, cuya historia del Perú está llena de discursos más largos en boca de los indios. A este respecto he aprendido con la experiencia de los años que los abiponas, guaraníes y otros indios americanos suelen hacer discursos no solo con detalle sino hasta con elegancia, adornándolos ingeniosamente con metáforas, figuras retóricas y comparaciones. No dudo de que los americanos, pese a sus hábitos rústicos son muy dispuestos a la elocuencia" (Dobrizhoffer, op.cit. III, pp. 190-191).

¹⁷ Se trata de San Jerónimo (Santa Fe, 1748), Concepción (Santiago del Estero, trasladada varias veces entre 1749 y 1753), San Fernando (Resistencia, 1750) y del Rosario (Formosa, 1763).

y los bárbaros son apaciguados o refrenados, en palabras de Dobrizhoffer. Así, los vecinos de Santa Fe "...todos a una nos veneraban como sus libertadores y protectores porque nos habíamos entregado a enseñar a aquellos bárbaros..."¹⁸ "...Los correntinos comenzaron por fin a gozar y descansar..."¹⁹ y la provincia de Córdoba "...ya libre de tantos enemigos, comenzó a respirar..."²⁰ Después de narrar las muertes ocasionadas por los abipones en relación a la poca efectividad de las armas españolas para contenerlos, y de la beneficiosa calma que las misiones imprimieron en las ciudades, Dobrizhoffer dirá "...queda solo por hablar de lo que hicimos para civilizarlos e instruirlos y los frutos obtenidos"²¹). Esta intención da pie al núcleo del libro tercero, centrado en las reducciones. Pero lo paradójico es que la intencional polaridad guerra/paz²², mediatizada por las misiones se va diluyendo en el texto, dando lugar a nuevas guerras; a un fenómeno de ampliación de los niveles de conflicto²³ dentro de la sociedad indígena, aunque ahora concentrados en torno a las reducciones. El relato sobre las vías al cristianismo y a la civilización entre los abipones, debe ceder a un relato de "padres-vigías" en constante estado de guerra, o por lo menos de amenaza, que poco pueden ocuparse de la labor específicamente evangelizadora. Como no puede abordar comprensivamente este redimensionamiento de las tensiones indígenas, se vuelca plenamente en el acontecimiento detallado y en la anécdota minúscula que encadenan a modo de causa los permanentes conflictos suscitados en las reducciones. El resultado es una descripción muy abigarrada y compacta de hechos que se suceden, traducción de una vida sobresaltada, casi sin intersticios de calma para indígenas y misioneros.

El conocido fragmento sobre la convocatoria de una gran asamblea de caciques abipones, luego de la fundación de San Jerónimo, señala un acontecimiento jerarquizado por su constante proyección en las reducciones. Los temas tratados por este concejo emergen a través del extenso parlamento de Ychoalay, de la parcialidad de los abipones riikahes²⁴. Dobrizhoffer pone en su boca un discurso grandilocuente, ejemplificador,

¹⁸ M. Dobrizhoffer, op. cit., III, pp. 21-22.

¹⁹ Ibidem, p. 45.

²⁰ Ibidem, p. 96.

²¹ Ibidem, p. 97.

²² Hay que tener en cuenta que las reducciones de mocovíes y abipones se fundan a partir de pedidos indígenas en busca de protección y subsistencia, en relación a una disminución de su población producto de las guerras y sobre todo de las pestes.

²³ Estos niveles incluyen enemistades entre parcialidades de una misma tribu, entre diferentes grupos tribales, entre aquellos que han aceptado o no vivir en reducciones, expresión también ella de la aceptación de los tratados de paz con los españoles; estos temas han sido desarrollados en nuestro trabajo *Guerra, guerreros y botín: el Chaco Austral en la segunda mitad del siglo XVIII*, informe de investigación para CONICET, 1990.

²⁴ Los abipones estaban divididos en tres grupos: "Riikae, que viven a lo largo y lo ancho en campo abierto; Nakaigetergehe, que aman los escondrijos de las selvas, y por último Jaaukanigas" (Dobrizhoffer, op.cit., II, p. 101). "Esta nación está dividida en tres tribus o fracciones, esto es Naquetaget, Rigagé, Yaochaniga, es decir del Bosque, del Campo y del Agua"; cf. J. Jolis, ENSAYO SOBRE LA HISTORIA NATURAL DEL GRAN CHACO, Resistencia, UNNE, 1972, p. 286.

por momentos amenazante²⁵, depositando en esta figura su admiración por la sagacidad y elocuencia de una oratoria persuasiva. Sobre todo, si el tema en discusión es la opción entre una paz fronteriza global y una restringida, que deje ciertas áreas de impunidad donde los indígenas puedan seguir proveyéndose de los imprescindibles caballos, reafirmando así su belicosidad.

El discurso de Ychoalay es altamente valorado por Dobrizhoffer en la medida que lo hace converger con las necesidades de los españoles y misioneros. Pero los tratados de paz obtenidos fueron efímeros: un cacique de otra parcialidad abipona, Oaherkaikin asoló la ciudad de Asunción²⁶ e instó a Ychoalay a vengar la falta de palabra de algunos abipones en nombre de los españoles y de los otros abipones. Situación que llevo a decir a Dobrizhoffer:

"Y esta expedición poco importante fue el origen de una guerra que duró veinte años, con fortuna cambiante, entre los riikahes y los nakaiketergehes afligiendo y perturbando durísimamente las cuatro nuevas reducciones, sobre todo la de San Jerónimo"²⁷

Se pueden multiplicar los ejemplos de permanentes y pequeños hechos cuyos efectos para Dobrizhoffer son la persistencia de los conflictos; todos ellos expresan cómo los asentamientos reduccionales receptan todas las tensiones internas y externas a ellos, lo que da lugar a un doble impacto: descompresión de los asedios indígenas sobre las ciudades y el desplazamiento de la violencia hacia las misiones.

En este fenómeno tiene un rol importante la figura de los caciques "amigos", líderes que colaboran activamente con los gobiernos coloniales y los misioneros, constituidos en garantes de la estabilidad fronteriza, como el caso de Ychoalay.

Este es un elemento importante de realimentación en las tensiones indígenas que no se inauguran, como relata Dobrizhoffer, con la enemistad Ychoalay-Oaherkaikin, sino que se inscriben en el ciclo de acciones y represalias fundantes del prestigio de los guerreros abipones. Pero este ciclo ahora se ve potencializado por los efectos de la convivencia con el mundo blanco, atravesada en esta coyuntura por la intermediación de los padres. No hay que olvidar además que cada reducción abipona está ocupada por parcialidades diferentes²⁸, hecho que forzosamente las convierte en el escenario de las guerras endotribales, pero que también son pasibles de asaltos de abipones que siguen desplazándose libremente por los territorios circundantes sin aceptar la vida en

²⁵ "Temo que continuando la guerra, seamos nosotros mismos botín de los españoles [...] Considerad una y otra vez que si ahora rechazáis la amistad de todos los españoles, lo lamentaréis cuando ya sea tarde; que su enemistad será funesta para todo nuestro pueblo [...] En vuestras manos está la libertad de tantos miserables, y hoy puede ser comprada con la promesa de una paz universal" (Dobrizhoffer, III, pp. 127-128).

²⁶ Justamente Asunción y Corrientes habían sido las áreas que algunos caciques querían mantener fuera de los tratados de paz.

²⁷ M. Dobrizhoffer, op. cit., III, p. 131.

²⁸ San Jerónimo por abipones riikahes; Concepción por nakaiketergehes y San Fernando por Yaaukanigas.

reducciones, y por otros grupos hostiles como mocovés y tobas²⁹.

En este sentido el asentamiento en misiones implicó un quiebre de la relación de los indígenas con su hábitat, siempre concebido como un sitio de protección y ocultamiento. Ahora estaban expuestos a todos sus enemigos, blancos o indios, constituyendo una fractura en la percepción indígena del "espacio-fortaleza"³⁰.

Sabemos que, en términos globales, este proceso revela la desarticulación indígena de mediados del siglo XVIII, pero visto desde la coyuntura se instala como un pico de alta tensión³¹, reflejado en la obra de Dobrizhoffer a través de los relatos de las guerras abiponas.

En ellas confluyen las modificaciones de las pautas de vida indígena, tanto desde la esfera misional como desde los gobiernos. Sin olvidar que un conjunto de ciudades que bordean el Chaco austral lo circunscriben en una especie de fosa fronteriza, que impone a los indígenas una multiplicidad de actitudes que alternan la guerra, la negociación y la colaboración³².

3. Acerca de los caciques

"Ver en los bárbaros una política es como buscar nudos en los juncos o agua en la piedra pomez"³³

La caracterización de los liderazgos entre los abipones es desarrollada por Dobrizhoffer en algunos capítulos del libro II³⁴, donde establece que los caciques no tienen autoridad ni capacidad de influir en el comportamiento de las personas y que su real dimensión está en relación a sus atribuciones para manejar todas las cuestiones vinculadas a la guerra. Pero aún aquí las decisiones deben estar respaldadas por compromisos colectivos, a través de asambleas públicas. Estos cargos están ligados al

²⁹ Pactos u hostilidades habían asignado las relaciones entre mocovés, tobas y abipones; las luchas internas de los abipones por momentos rebasan sus límites tribales buscando alianzas o provocando nuevas enemistades. Pero también se gestaron ciertas solidaridades entre reducciones, como en el caso de San Javier y San Jerónimo; véase F. Paucke, *op.cit.*, II, pp. 302-303.

³⁰ Inicialmente los sitios de las reducciones son elegidos por los indígenas tratando de hacerlas invulnerables, pero muchas de ellas sufrieron traslados que las acercaron más a los bordes coloniales, con el desacuerdo de los indígenas.

³¹ Acerca del rol de las misiones entre los guaicurúes véase J.S. Saeger, "Another view of the mission as a frontier institution: the Guaycuruan Reductions of Santa Fe, 1743-1810", *HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW*, 65 (3), 1985, pp. 493-515.

³² Hay interesantes puntos de correlación con el caso de la frontera chiriguana, véase Th. Saignes, *AVA Y KARAI*, La Paz, Hisbol, 1990.

³³ M. Dobrizhoffer, *op.cit.*, II, p. 101.

³⁴ Fundamentalmente a través de dos capítulos, uno "Sobre los magistrados abipones, capitanes, caciques y régimen de gobierno" y otro "Sobre los ritos de los abipones cuando se consagra a alguien merecedor de honra militar o se proclama un cacique" (Dobrizhoffer, II, pp. 105-111 y 454-459).

prestigio, derivado de las aptitudes para la guerra. A su vez, las proezas guerreras posibilitan acceder a nuevos status, a través de ciertos ceremoniales, donde se adquiere las prerrogativas de los Hochoeros. Las sucesiones no están regidas necesariamente por los vínculos consanguíneos, sino por criterios de aptitudes físicas y morales.

Pero lo que nos interesa aquí es la caracterización que Dobrizhoffer hace en el libro III de ciertos líderes, donde construye valorativamente una serie de imágenes que oponen, en términos globales, a caciques amigos y enemigos de los blancos, y fundamentalmente aquellos más próximos al cristianismo o a las supersticiones. Así, el tratamiento que tiene con ellos está teñido, más explícitamente que en otros temas, por la visión de los misioneros, en tanto que sus actitudes implicaron importantes ayudas u obstáculos a la vida de las reducciones.

Los conflictos internos de los abipones a partir de la reunión de San Jerónimo, le permiten trazar una semblanza de Oaherkaikin e Ychoalay, de las parcialidades en pugna. Los dos pertenecían al grupo de los yapochi, que Dobrizhoffer traduce como "valientes", de oscuro origen y que habían obtenido ese cargo por sus virtudes militares y los éxitos de sus expediciones³⁵.

El contraste entre ellos comienza con su apariencia física³⁶, uno terrible y otro saludable; y sigue con sus actitudes³⁷, uno mentiroso, embustero, enemigo de los españoles y tenaz en las supersticiones bárbaras; el otro defensor de los españoles y respetuoso del los padres, monógamo, enemigo de los ebrios, voluntariosos en todo tipo de trabajo, que nunca aceptó los honores de Capitán³⁸ ni ser incluido entre los

³⁵ M. Dobrizhoffer, op. cit., III, p. 133.

³⁶ De Oaherkaikin nos dice: "Delgado, de finos huesos, de tez pálida, rostro tétrico, de ojos pequeños y huidizos, de color que se acercaba al rojo, de cabellos cortos y tonsurados en parte como los monjes, cubierto de abundantes cicatrices, con las orejas perforadas en las que llevaba trocitos de cuerno de buey como aretes, siempre amenazante y escrutando [...] Temible con su atuendo militar con el rostro teñido de negro para inspirar terror" (Ibidem, III, p. 133). Y de Ychoalay: "Tenía gran estatura, cara ovalada, nariz aguileña, de vigor capaz de cualquier carga de la guerra y con aquella postura del cuerpo que expresaba y recomendaban su fuerza militar" (Ibidem, III, p. 135).

³⁷ Las actitudes están enfáticamente diferenciadas: (Oaherkaikin) "... amante de las copas abundantes, muy parco en palabras, de increíble facilidad para sus seguidores, de odio implacable a los españoles, siempre temible aunque no amenazara, versado hasta el estupor en el uso de la lanza y las flechas y en las artes de cabalgar y de nadar, muy tenaz en las supersticiones de los bárbaros; aunque rico por sus botines de guerra [...] de ánimo intrépido como ningún otro, y aunque dispuesto a escuchar, negligente en las promesas, mentiroso y embustero..." (Ibidem, III, p. 133). (Ychoalay, en cambio) "... se abstuvo siempre de la muerte de los hombres consagrados a Dios [...] Nunca soportó la compañía de las mujeres hechiceras que se arrogaban la ciencia de adivinar, de curar o dañar los cuerpos [...] Ninguno de nosotros duda que él fue el principal instrumento de la paz concertada entre los abipones y todos los españoles, autor y conservador de la colonia de San Jerónimo [...] Satisfecho con la única esposa durante todos los años que vivió entre nosotros, nunca intervino en brindis a no ser cuando debía resolverse acerca de la guerra, acérrimo enemigo de la ebriedad y de los ebrios [...] Ychoalay, distinto de los suyos en todas las otras cosas, se prodigaba por propia voluntad en todo tipo de trabajo [...] Nunca soportó ser iniciado en aquellos solemnes honores de capitán [...] ni ser incluido en la clase de los hochoeros. Siempre usó el dialecto común del pueblo. Y aunque sus hazañas militares fueron suficientes para merecer el cambio de su nombre retuvo también su primer nombre Ychoalay" (Ibidem, III, pp. 136, 137, 142, 147, 150).

³⁸ Los abipones a sus jefes les llamaban Nclareyrat o cabeza que los españoles llamaron capitán o cacique. El nombre de Capitán, dice Dobrizhoffer fue otorgado por los habitantes de la ciudad a algunos bárbaros como título honorífico. "La voz Capitán suena a los oídos de los americanos como algo magnífico; creían poseer un título muy honorable [...] Con este vocablo querían expresar no sólo una cierta potestad y dignidad eminentísima, sino también una suerte de nobleza [...] La palabra Cacique es su sinónimo..." (Ibidem, III, pp. 105 y 106).

Hocheros³⁹. Todas estas loables actitudes de Ychoalay, en su vida y en sus relaciones con los españoles y los padres, llevan a Dobrizhoffer a situarlo privilegiadamente y a constituirlo en el personaje central de su relato, sólo equiparable a la dedicación narrativa otorgada a Francisco Barreda, segundo oficial de todo el territorio del Río Salado⁴⁰. Únicamente en el caso de estos dos personajes se ocupa de contar detalles de sus vidas y de cómo sus virtudes subsumen las flaquezas.

Así cuenta que Ychoalay había trabajado un tiempo en las ciudades de Santa Fe (donde tomó el nombre de José Benavídez) y de Mendoza, para después reintegrarse a la vida indígena, convirtiéndose en un acérrimo enemigo de los españoles, encabezando exitosas empresas de saqueos y robos contra ellos. A partir de la instalación de misiones y de los tratados de paz con los españoles, se convirtió en su más celoso custodio⁴¹. Este trato previo con los españoles, así como su conocimiento del idioma le posibilitaron este nuevo papel, aunque seguía imbuido de las prácticas indígenas de acciones-represalias expresadas en su enemistad con Oaherkaikin.

"Una y otra vez fue amonestado por José Brigniel acerca de esto: "Prométame, Padre, que piensas en matar a Oaherkaikin. Ya mi cabeza arde en cuidados bélicos. Consolidada la paz me será posible por fin escuchar tus enseñanzas de religión"⁴²

A pesar de la prudencia de Dobrizhoffer, Ychoalay emerge del relato como un personaje contradictorio, con tantas virtudes como vicios. Era vengativo y violento, siempre promovía litigios y peleas, expandiéndose a las reducciones sus obsesivas disputas con Oaherkaikin y los de su parcialidad⁴³. Si bien Dobrizhoffer privilegia las buenas influencias que ha tenido, también da cuenta del impacto negativo que muchas veces su actitud personalista imprimió en las misiones, debido a sus permanentes venganzas hacia todos los hechos que escaparan a los compromisos por él asumidos. Su

³⁹ Dobrizhoffer da informaciones contradictorias sobre Ychoalay. Afirma que no reclamó para sí el título de cacique aunque tenía sus seguidores en las expediciones por su valentía y sus glorias militares; nacido de oscuro origen pero nombrado valiente por sus virtudes militares (Ibidem, III, pp. 132-133). Luego dice que tuvo todas las virtudes de un cacique por haber nacido en un lugar muy noble entre los riikahes, parientes de Debayakaikin (Ib., III, p. 136); y que nunca aceptó incluirse entre los hocheros (Ibidem, III, 150). También hay contradicciones en lo que hace a los otros caciques (nombres y pertenencias parciales).

⁴⁰ De él dice Dobrizhoffer: "No puedo ponderar a los guerreros santiagueños sin dejar de alabar a su esclarecido jefe Don Francisco Barreda. No temas que influya en esto mi amistad con él, o sea excesivamente detallista para recordar sus hazañas. Pues no debes temer a la verdad. Yo fui amigo de Barreda, pero antes que a él, siempre tuve por amiga la verdad" (Ibidem, III, p. 56).

⁴¹ M. Dobrizhoffer, op. cit., III, pp. 135-138.

⁴² Ibidem, p. 139.

⁴³ "De ingenio inquieto y violento como ningún otro, meditaba nuevos pensamientos acerca de Oaherkaikin, y cuando sus rivales lo oprimían y los instaban a la guerra, no era movido por ninguna esperanza de lucro sino por el deseo de borrar rápidamente la celebridad que ellos habían obtenido. De allí que tuviera la costumbre de sacar litigio de los litigios, a buscar motivo de riña y promover a nuevas peleas. Y de esta fuente en la nueva Fundación (S. Jerónimo) afluyeron nuevas perturbaciones para que los enemigos nunca pudieran disfrutar de ocio. Aunque dócil y plácido en todo lo demás, cuando maquinaba nuevas expediciones contra el enemigo dejaba de lado la amistad o el cariño" (Ibidem, III, p. 137).

prestigio guerrero y su celebridad habían nacido, según Dobrizhoffer, a partir de sus expediciones contra los españoles, cuando se reintegró a los abipones.

"...y tanto como fue seguido por los suyos, fue temido por los extraños. Por esto gran cantidad de abipones confiaban en él. El único deseo de todos era vivir con él (...) Todos veían que con este jefe irían no al combate, sino a la victoria, y que volverían con óptimo botín..."⁴⁴.

Prestigio que aparentemente conservaría en épocas de las misiones, dado que:

"No sólo los abipones de las reducciones de San Jerónimo y de Concepción, sino los mocovíes cristianos seguían a Ychoalay como a su conductor"⁴⁵

Lo anterior se opone con esta consideración:

"Los mismos abipones cuyas costumbres cultivaba, lo consideraban su enemigo, por ser tan amante de los españoles. De allí su diaria queja de que lo consideraran malo porque era bueno; y de que antes lo llamaran bueno porque fue malo"⁴⁶

Dobrizhoffer va modelando un personaje sobredimensionado por su rol positivo para las misiones y las ciudades, pero controvertido para los indígenas, que no pertenece al ámbito de los liderazgos tradicionales -sean de sangre o sean de méritos- sino al de los valientes; que privilegia las empresas personales, que no admite que otros compatriotas suyos fueran ponderados como valientes⁴⁷ y que sólo fue respetado unívocamente por los indígenas cuando los guió contra los españoles.

De la parcialidad de Ychoalay el cacique principal era Ychameraikin, pero como nunca sirvió para estabilizar las misiones es despectivamente tratado por Dobrizhoffer:

"...célebre por su nacimiento y en la guerra, fue muy querido por los suyos [...] Presidió a todos, pero a nadie fue útil; sombra de magistrado, pobre simulacro de poder. Hombre borracho, mujeriego y acostumbrado a la poligamia y al repudio de la mujer; nadie frecuenta los brindis más ávida y pertinazmente que él [...] No tuvo cabida en él la religión... Mientras él vivió nadie toleró ser purificado por el Bautismo; cuando él murió, nadie se rehusó..."⁴⁸

Debayakaikin, el cacique principal de la otra parcialidad, la de los nakaiketergehes aparece en el relato como:

⁴⁴ Ibidem, p. 136.

⁴⁵ Ibidem, p. 161.

⁴⁶ Ibidem, p. 138.

⁴⁷ Ibidem, p. 137 y 151.

⁴⁸ Ibidem, p. 139.

"...El taimado bárbaro, hombre inquieto, sanguijuela de los predios, peste segurísima de todas las misiones en las que vivió..."⁴⁹

El tercer grupo de abipones lo constituyen los yaukanigas cuyo cacique principal era Naré, de quien Dobrizhoffer dice:

"...de noble origen e insigne por sus hechos militares pero escaso de fuerzas mentales y físicas, notoriamente mujeriego y borracho. Más inclinado al ocio que al trabajo demostró siempre un espíritu indolente..."⁵⁰

Todos estos líderes están presentados fundamentalmente a través de los aspectos negativos que tienen para los misioneros, lo que permite la construcción de la imagen de Ychoalay a partir de la significación que tiene para los blancos y no desde su situación entre los indígenas. No parece hallarse entre los caciques principales aunque Dobrizhoffer se esfuerce en situarlo a la par de Ychameraikin. Aunque Ychoalay tenga predios y ganado, sus relaciones con los españoles impidieron que influyeran en un mayor prestigio entre sus pares. La nueva situación fronteriza tendería más a diluir prestigios que a concentrar poderes cacicales⁵¹.

La obra de Dobrizhoffer, leída como un relato de frontera, nos permite acercarnos sesgadamente a algunos de los problemas vinculados a las tensiones entre indios, misioneros y españoles protagonistas de los conflictos desplegados en este espacio. Diversas y hasta contradictorias, las imágenes de estos actores permite situarlos desde una mirada atravesada por la subjetividad. Como resultado de una construcción cuyo punto de partida se halla en el mundo misional, los fragmentos del relato aquí presentados aportan otra perspectiva desde esa dimensión subjetiva que complementa su riqueza testimonial.

⁴⁹ Ibidem, p. 244.

⁵⁰ Ibidem, p. 247.

⁵¹ Acerca de la estratificación social entre los abipones véase Helmut Schindler, *DIE REITERSTÄMME DES GRAN CHACO*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag, 1983, pp. 104-117.